

---

## SEXTA PARTE

---

### I

Glava apresurábase á llegar al término de su viaje, pero los caminos estaban tan malos, que apenas se podía adelantar; á los fríos intensos y á los abundantes nevascos, sucedieron las nieblas y la lluvia que derretía la nieve acumulada en montañas y valles.

Los bosques no parecían ya, como un fantástico laberinto blanco, y el agua bañaba de tal modo los caminos que era preciso seguirlos con gran cuidado.

Glava veíase obligado á pedir á menudo hospitalidad en los castillos de los nobles que según la antigua costumbre, hospedaban á los escuderos de los grandes señores.

Marzo tocaba á su término, cuando el tcheque llegó cerca de Bogdanetz y de Zgogelitz. Ansiaba ver á su querida dueña, pero se decidió á ver primero á Matzko, porque así se lo había ordenado Sbishko.

Llegó á Bogdanetz por la tarde; Matzko estaba en el bosque, y cuando llegó á su casa, quedó sorprendido al

ver á mucha gente rodeando á un hombre que á primera vista no conoció.

Glava se nombró, y el anciano exclamó:

—¡Dios mío! le han matado. Habla, dímelo todo.

—Zbishko está bien,—se apresuró á decir el techeque.

Matzko sonrió, y lanzando un profundo suspiro, murmuró:

—Bendito sea el Señor, ¿dónde está?

—Ha salido para Malborg y me ha enviado para traeros buenas noticias.

—¿Por qué ha ido á Malborg?

—Fué á buscar á su mujer.

—¿A su mujer

—Sí, á la hija de Jurand. Tengo mucho que hablar, pero permitidme antes que descanse, porque estoy rendido.

Matzko, que había palidecido, ordenó al siervo que añadiera leña al hogar, y que preparara comida para el techeque. Después, paseando por la estancia, dijo:

—No doy crédito á lo que escucho. La hija de Jurand... Zbishko casado...

—Sí y no,—observó Glava, que empezó á narrar cuanto había ocurrido.

Al llegar al punto en que Rotgher desafió á Zbishko:

—¿Se ha batido?—preguntó Matzko con curiosidad.

—Ha partido al alemán en dos, y yo he matado al escudero.

—Valiente Zbishko,—exclamó,—es el último de la familia, pero es un bravo; también con los frisios combatió heroicamente.

Después de un silencio, añadió:

—También tú eres valiente, y creo que no te alabas ni echas bravatas. ¿Es grande el botín?

—Hemos conquistado armas, caballos y diez esclavos, de los cuales os envía ocho mi amo.

—¿Y los otros dos?

—Han llevado el cadáver á su país.

—No creo que fuera necesario.

El techeque sonrió al ver la codicia de Matzko, repitiendo:

—Mi amo es ahora tan rico que no se para en pequeñas cosas. Spichov es una gran posesión.

—Lo importante es que sea suya.

—Vaya si lo es.

Matzko se levantó y dijo con mal reprimida agitación:

—No digas tonterías; ¿y Jurand?

—Está en manos de los templarios, que no le dejarán huir; su capellán Kaleb ha leído el testamento, por el cual reconoce á Zbishko como propietario de Spichov.

Aquellas noticias habían impresionado singularmente al señor de Bogdanetz; eran tan hermosas y desagradables al mismo tiempo, que no sabía darse cuenta exacta de los sucesos y calmar su inquietud.

El saber que Zbishko se había casado, no le satisfacía, porque amaba á Jaghenka como un padre; había tratado de persuadirse de la imposibilidad de que la hija de Zgogelitz llegase á ser su nuera, y consolábase pensando que la hija de Jurand, además de ser protegida del príncipe, tenía gran dote. Matzko se imaginaba á Zbishko hecho conde, como dueño de Bogdanetz y de Spichov y tal vez castellano; su ida á Malborg no le complacía, porque acordándose del trozo de lanza que tanto tiempo había tenido alojado entre sus costillas, temió que á su sobrino pudiese ocurrirle una desgracia.

—No será bien acogido,—pensaba Matzko,—porque ha matado á un caballero de valía y al mismo tiempo ha asaltado á Lichtenstein; aquellos malditos perros son vengativos en extremo.

Temía el viejo que Zbishko estuviese preso.

—Han detenido á Jurand y á su hija, se atrevieron una vez á detener al príncipe... ¿Y quién me asegura que no

harán otro tanto con él. ¿Y si Zbishko escapa de los cruzados, pero no encuentra á su mujer, qué ocurrirá?

Este pensamiento consolóle de pronto, pero en seguida advirtió la necesidad de que su familia no se extinguiese:

—Si Danusia no parece, Zbishko no podrá tomar otra mujer hasta persuadirse de que la primera ha muerto, y los descendientes de Bogdanetz sólo existen en mi mente. ¡Oh! si se hubiese casado con Jaghenka, cada año daría á luz un niño.

Después, dirigiéndose á Glava, pidióle explicaciones referentes al matrimonio de su sobrino.

—Ya os he dicho, señor, que no sé lo que ha ocurrido, pero creo...

—Habla.

—Oidme, no me he separado de mi amo durante su enfermedad un punto; una noche me ordenó salir y vi entrar á la princesa, á Danusia, al señor De-Lorsh y al sacerdote Viseianok. Me admiró la corona que la joven llevaba en la cabeza y creí que mi amo tomaba la comunión; y lo cierto es... Me acuerdo también de que me mandó vestirle como para una boda, pero entonces no sospeché que fuera la suya.

—¿Y permanecieron solos?

—No, mi amo estaba muy débil, y al día siguiente partió la señora.

—¿Zbishko no la ha visto más?

—Nadie la ha vuelto á ver.

Después de algunos momentos, preguntó Matzko:

—¿Piensas que los cruzados la dejarán en libertad?

—Creo que está perdida para siempre.

—Por qué?

—Si los cruzados confesaran que la tienen en su poder podría haber esperanza, pues por medio de un rescate quedaría libre, mas ahora, afirmando como afirman que unos bandidos la cogieron, no hay medio de demostrar que se halla en su poder.

—¿Y qué harán los templarios con Jurand?

—Quiéren vengarse del que llaman el «azote de la Orden».

—Eres un bravo escudero; ¿qué te parece que harán con Danusia?

—El príncipe Vitoldo es muy poderoso, y á pesar de ello, ya sabéis la suerte que cupo á sus hijos.

—¡Santo Dios! ¿es verdad?—exclamó Matzko.

—Roguemos al Señor que nuestro amo vuelva sano y salvo; aunque es de esperar, porque va con el caballero De-Lorsh, que es muy poderoso, y de familia de príncipes. Antes de marchar mi amo, dijo: «Daría mi fortuna porque estuviera á mi lado mi tío Matzko».

Matzko quedó pensativo; luego dijo:

—No hay remedio; creo que la muchacha ha muerto; Spichov pertenece á Zbishko, que puede casarse con otra mujer.

—Hasta con la señora de Zgogelitz,—murmuró el tcheche.

—Ya lo creo, con tanto más motivo que Chtan de Rogor y Vilko de Bgiosov aburren de continuo á la huérfana.

El tcheque se puso en pié.

—¿La señora ha quedado huérfana? ¿Y el caballero Zich?

—¿No sabes nada?

—Por favor, decidme lo ocurrido.

—Es verdad que no puedes saber nada, porque llegas ahora y sólo hemos hablado de mi sobrino. Debes saber, pues, que el abad escribió á Zich, diciéndole que tenía que hacer una visita y le deseaba por compañero. Zich me dijo: «Marcho á Osvetzim; iré también á Gchlevtzi; ciudad de Zgogelitz.» Yo, que tenía tristes presentimientos, le aconsejé que no marchara, porque Chtan y Vilko, que estaban furiosos porque les habían echado de Zgogelitz, le odiaban y podían jugarle alguna mala pasada por

el camino. Así sucedió. Unos bandoleros enviados por ellos, hirieron en el pecho á Zich, y el abad, herido de un mazazo, ha quedado imbécil y no puede hablar. Hace seis meses que Zich fué enterrado.

—¡Pobrecillo!—murmuró Glava,—es verdad que me hizo esclavo en Boleslavetz; pero mi esclavitud era mejor que la misma libertad á causa de la bondad nativa de mi amo. Dios le conceda la gloria y á su hija la resignación necesaria.

—La desdichada, ha tenido ya que rechazar á Chtan y Vilko que asaltaron su casa. Yo llegué con mi gente y puse en fuga á los malvados. Jaghenka me ha dicho: «Si no me caso con Zbishko, permaneceré soltera.»

Glava, al oír aquella relación rechinaba los dientes. De repente exclamó:

—¡Malditos sean!

La puerta se abrió con violencia; Jaghenka se precipitó en la estancia acompañada del mayor de sus hermanos, Jasko, que tenía catorce años, y se parecía mucho á ella. La joven sabiendo que había llegado Glava con gente armada, acudía para saber noticias.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada malo,—contestó Matzko,—Zbishko está bien.

El techeque arrodillándose besó el extremo de la túnica de Jaghenka que exclamó:

—Alabado sea el nombre de Jesús.

—¡Amén!

—Estoy muy contenta de verte, pero ¿por qué dejaste á tu amo?

—Lo ha querido él.

—¿Qué te ha dicho?

—Que venga aquí.

—¿Y qué más?

—Que pida consejo á su tío.

—¿Dónde está?

—Ha ido á Malborg.

Jaghenka se turbó.

—¿Ya no aprecia la vida? ¿Por qué ha ido allí?

—Para buscar... no que no hallará jamás.

—¡Nunca!—repitió Matzko.

—¿Qué decís?—preguntó Jaghenka.

Matzko no contestó y preguntó:

—¿Zbishko no te ha hablado nunca de la hija de Jurand?

—Sí, ¿por qué?

—Porque así me será más fácil contestar á tu pregunta.

Contóle entonces cuanto oyera de labios del techeque, insistiendo en que Zbishko no conoció nunca intimamente á Danusia.

Jaghenka no contestó.

—¿Qué te parece?—preguntó Matzko.

Una lágrima asomó á los negros ojos de la niña, que besando la mano del viejo exclamó:

—¡Bendito sea tu nombre!

—Amén,—dijo Matzko.—Permanece á mi lado.

Jaghenka no quiso, diciendo que no había preparado nada en Spichov.

Matzko acarició á la joven y dirigióse con ella hacia el patio. Glava siguió á su señora.

Matzko volvió á entrar en la casa murmurando:

—Qué torpe es Zbisko.

El anciano estaba conmovido; pensaba que Zbishko arriesgaba su vida, y que mucho más le valiera estar en Zgogelitz, siendo marido de Jaghenka.

Matzko se conmovía pensando que su sobrino se había portado como un héroe, pues pocos en edad tan tierna obtenían las espuelas de oro, lo cual demostraba que pocos le igualaban en valor. Miró las corazas, las espadas y las hachas colgadas en la pared pensando cuáles debía escoger para ir á reunirse con su sobrino.

Sin embargo, le costaba decidirse á ello, porque pensaba que de marchar él, Jaghenka quedaba sin protección.

\*  
\*  
\*

La joven y Jasko, atravesaron el bosque. El tcheque les seguía con el corazón dolorido. Había visto correr las lágrimas de su ama y adivinaba sus dolores.

—Señora,—dijo aproximándose á ella.

—¿Nos has seguido,—preguntó la joven como despertando de un profundo sueño; ¿qué quieres?

—Deciros que mi amo me ha ordenado estar con vos; antes de partir me ha dicho: «habla de mí á Jaghenka y dile que le doy las gracias por cuanto ha hecho por mí, y que de continuo ruego á Dios para que la recompense y le envíe toda la felicidad que merece.»

—Ojalá el señor le ampare,—contestó Jaghenka,—y también á tí te proteja.

Cesó el coloquio. El tcheque sintióse más aliviado y contento de sí mismo. «Por lo menos, no le acusará de ingratitud» pensó; y quiso añadir algunas palabras.

—¡Señora!

—¿Qué deseas?

—Nada... quería deciros que Matzko me ha afirmado que Danusia no parecerá más.

—Es su mujer,—repuso Jaghenka.

—De nombre.

La muchacha calló.

Después de cenar, cuando Jasko y sus hermanillos se alejaron, ordenó que trajeran un jarro de miel y llamó al tcheque.

—Quizá tienes sueño, pero desearía hablar contigo.

Verdad es que Glava estaba rendido, pero quiso satisfacer el deseo de su ama, y contó cuanto sabía de lo ocurrido á Zbishko, á Jurand y á Danusia.

II

Matzko vigilaba los preparativos de viaje y un día encontró á Jaghenka cuando ésta iba á la iglesia de Kcesno.

—Quería ir á Bogdanetz,—dijo saludándole,—porque he de hablaros,

Y acercándose á él, de manera que sus criados no lo oyeran, díjole al oído:

—¿Partís?

—Mañana.

—¿Para Valborg?

—Sí.

—He pensado mucho en lo que debo hacer y deseo tomar consejo de vos. Cuando mi padre vivía, y el abad podía protegerme, no temía á Chtan ni á Vilko; pero ahora quedo sin defensa. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Qué me aconsejáis?

—No lo sé; pero te recuerdo que estamos en Polonia y que las leyes polacas castigan severamente al que violenta á una muchacha.

—Ya lo sé, pero las leyes se respetan muy poco. Creo que lo más prudente sería alejarme de Zgogelitz, porque así mis pretendientes me dejarían en paz, temo también por mi hermanillo.

—Chtan y Vilko, son dos canallas, pero no se atreverán á levantar la mano á un muchacho.

Matzko miróla fijamente y luego preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—Llevadme con vos,—contestó ella con voz débil.

Matzko exclamó:

—Es una locura.

La joven murmuró á su oído dulcemente:

—No digáis eso, tanto vos como Glava, me decís que Zbishko no hablará jamás á su mujer; Dios es testigo de que no la deseo ningún mal, pero si Zbishko no debe verla más... entonces acordaos de que yo no quiero ni á Chtan, ni á Vilko, y á nadie.

El anciano lanzó un suspiro de satisfacción.

—Creía que sentías simpatía por alguno de ellos.

—¡Oh! no.

—¿Y cómo llevarte conmigo?

—Quisiera ir á Seradz donde está el abad, quien en estos momentos no tiene nadie que le quiera á su lado, estando enfermo como está.

—No puedo oponerme á tu deseo, pero acuérdate que el viaje es penosísimo para una joven.

—Quizá para otra, pero no para mí, que soy capaz de manejar el arco, y que no temo los combates; me pondré los pantalones de Jasko y ocultos los cabellos con una red pareceré un caballero y no una mujer.

Matzko exclamó sonriendo:

—Vilko y Chtan van á quedarse con un palmo de narices.

—Es de desear que no nos sigan.

—Soy viejo, pero sabré defenderte.

Matzko pensaba que los dos novios desairados tratarían de oponerse á la partida de la joven, y que por tanto era preciso inventar alguna treta. Después de pensarlo mucho, después de cenar fué á Bgiosov donde el viejo Vilko esta-

ba ante una gran taza de miel, y el joven, herido por Chtan, yacía sobre un banco cubierto de pieles.

Matzko se detuvo en el umbral de la puerta; alto, huesudo, con el rostro seco y cegijunto parecía un fantasma armado.

Los dos Vilko, reconociéndole se pusieron en pie empuñando las espadas. El castellano de Bogdanetz, no tocó el puñal de su cinto, y en tono tranquilo é irónico preguntó:

—¿Así es como en Bgiosav se recibe á los príncipes?

—Los Vilko dejaron las armas.

Matzko añadió:

—Bendito sea el nombre de Jesús.

—Amén.

—He venido como un vecino lleno de buenas intenciones.

—Si es así, sed bien venido.

El anciano Vilko le estrechó la mano, y el joven hizo lo propio. Añadióse leña al hogar, pusieronse los manteles que pronto se cubrieron con fuentes llenas de carne y miel y grandes jarros de vino.

Los Vilko esperaban que Matzko hablase.

El soldado que era hombre bien educado, alababa las viandas y la bebida, y cuando se vió satisfecho exclamó:

—Los hombres siempre están en lucha entre sí, y á mi me parece que la paz es gran cosa.

—Lo mejor del mundo,—afirmó Vilko *senior*.

—Sucede á veces que cuando un hombre se prepara para un largo viaje, siente haber ofendido á sus vecinos y quiere borrar el agravio con una despedida cordial.

—Gracias,—murmuraron padre é hijo.

—He venido para saludaros.

—Nos alegramos veros.

—Quisiera que viniérais á Bogdanetz, pero debo partir.

—¿A la guerra?

—No, voy á Alemania.

—¿A ver á los templarios?

—Sí; y quien va á verlos y no es muy amigo suyo, debe despedirse de la gente y del mundo.

—Extraño caso,—contestó el viejo Vilko. Luego añadió:

—No sé de ningún hombre que no haya sido ofendido por los templarios.

—Han cometido verdaderas infamias.

—Es verdad; y me parece que se debe acabar con ellos; murmuró escupiéndose en la palma de las manos.

—Se preparan grandes sucesos, pero entre tanto yo debo ir á verles.

—¿Vais á rescatar á Zbishko?

—Llevo un rescate, pero no para Zbishko.

Estas palabras excitaron más la curiosidad de los Vilko. El viejo no pudo contenerse, y preguntó:

—¿Se puede saber para qué vais á Alemania?

—No debo ocultaros nada, pero antes os haré observar que en cuanto yo me marche, Bogdanetz quedará indefenso, y habla pensado en que vosotros lo protegiérais.

Al oír aquellas palabras, ambos sintieron aumentar su sorpresa y bebieron unos sorbos de miel.

Matzko les imitó y añadió luego:

—Desconfío de Chtan porque es capaz de cualquiera acción contra mis tierras, pensando que he querido alejarle de Jaghenka.

—¿La guardáis para vuestro sobrino?—preguntó el joven Vilko.

Matzko dirigiéndose al joven contestó:

—Mi sobrino se ha casado con una heredera de Masovetz que lleva una gran dote.

Padre é hijo quedaron con la boca abierta, y luego el viejo balbuceó:

—¿De veras?... decían... ¡Ea, contádnoslo todo!

—Por tal causa debo partir, y os ruego que cuidéis de Bogdanetz.

El joven Vilko, pensó que casado Zbishko le convenía la amistad de Matzko que tenía gran influencia sobre Jaghenka; por lo tanto contestó:

—No temáis, ningún peligro amenazará á Bogdanetz, puesto que nosotros lo defenderemos.

—¿Lo juráis?

—¡Lo juramos!

—¿Por vuestro honor de caballeros?

—¡Por él y por la cruz!

Matzko sonrió.

—Zich me ha confiado á sus hijos y ahora que marchó, siento tener que dejarles desamparados. Prométedme cuidar de ellos.

—Lo juramos.

—¿Por vuestro honor?

—Sí.

—¿Sobre la Santa Cruz?

—Sí.

—¡Amén!—exclamó Matzko, lanzando un profundo suspiro.

Sabía que los dos caballeros no quebrantarían aquel juramento que les había arrancado y se preparó á marchar, pero los Vilko no le dejaron, rogándole que bebiera antes en su compañía.

A media noche durmiéronse con el sueño de la embriaguez padre é hijo, y Matzko al regresar á su casa pensaba:

—Bogdanetz y Zgogelitz, quedan fuera de peligro, porque esos la defenderán después de jurado. Hasta la misma Jaghenka podría permanecer sin peligro alguno, pero vale más que trate de acercarla hacia donde está Zbishko porque si Danusia muere, deseo que se case con Jaghenka.

Al llegar cerca de su casa observó que las ventanas estaban iluminadas.

Matzko se asombró de ello, y preguntó lo que ocurría al primer siervo que encontró.

—Ha llegado el hijo de Zich con el tcheque.

El anciano temió una desgracia y apresurando el paso, llegó á la sala principal, donde junto al fuego estaban sentados Jasko y un jovencito.

—¿Cómo estáis, Jasko?—preguntó Matzko al entrar. ¿Y Jaghenka?

—Jaghenka me envía á decirnos que ha cambiado de parecer y que permanecerá en Zgogelitz,—contestó el jovencito.

—¿Es posible?

El tcheque y el jovencito se echaron á reir.

—Si no me habéis reconocido vos ¿quién podrá reconocerme?—preguntó Jaghenka irónicamente á quien el anciano había confundido con Jasko.

Matzko mirándole preguntó:

—¿Por qué has venido?

—Para emprender la marcha.

—Pero si habíamos decidido no marchar hasta mañana...

—Todos nos verían y así, partiendo de noche, nadie pensará que voy con vos y estaremos más seguros.

—Deja que te contemple; eres un guapo mozo, y si no fuera tan viejo... pero procura no estar muy cerca de mí, porque las tentaciones...

Diciendo esto, sonrió con complacencia.

Los cabellos de la joven estaban recogidos en una redcilla de seda de color de rosa. Llevaba un kaftán verde que modelaba sus acusadas formas y le daba un aspecto adorable.

—¡Pareces una flor!—exclamó Matzko que no se cansaba de mirarle.

Luego volviéndose hacia un joven que estaba en el umbral de la puerta le preguntó;

—¿Y tú quién eres? que esta noche no conozco á nadie.

—Es la hija de Setzechova, - respondió Jaghenka,—la

llevo conmigo, porque no me ha parecido conveniente ir sola entre tantos hombres.

—¿Dos mujeres!

—Ea, no murmuréis.

—No murmuro, pero os advierto que os reconocerán.

—¿Por qué?

—Porque... porque vuestro modo de andar os delata.

—¡Bah!

—Vilko y Chtan, ya no son de temer, ahora vuelvo de Bgiosov.

—¿De veras?

—Ya lo creo.

—Me alegro mucho.

Matzko, contó lo ocurrido. Después moviendo tristemente la cabeza murmuró:

—¡Hija mía! si todo hubiese sucedido según mi voluntad, hace tiempo que serías la dueña de Bogdanetz.

Jaghenka le besó la mano.

—¿Por qué me besas?

—Porque os deseo feliz noche.

La muchacha se alejó con su camarera y Glava y Matzko se fueron también á descansar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

34972



III

Después de sufrir en 1331 el asalto de los templarios, Serads fué reconstruída por Casimiro el Grande; la ciudad aunque populosa y rica no podía rivalizar con otra del reino, porque carecía de monumentos y edificios de importancia.

Jaghenka que jamás había visto otras casas que las de Zgogelitz, de Kscesno y de Bogdanetz, quedó asombrada al ver las altas murallas de la torre del Municipio y de la Catedral.

Durante los primeros momentos, no se atrevía á hablar alto, y en voz baja preguntaba á Matzko quién le decía que aquello era bien poca cosa comparado con Cracovia.

Jaghenka no daba crédito á sus oídos y de cuando en cuando lanzaba exclamaciones de asombro.

En el convento, Matzko fué recibido por el prior, quien le dijo que la salud del abad mejoraba, pues todas las mañanas hablaba razonablemente, mas luego pedía delirando su coraza y su caballo para combatir con los templarios á los que calificaba de herejes.

Añadía el prior que hacía dos días que acompañado de sus familiares y soldados había marchado á Plotzk junto

al obispo, á quien quería consultar acerca de su salvación espiritual.

—Traté de disuadirle de tal viaje; porque estaba muy débil, pero se empeñó en emprenderlo, los criados pusieron almohadas en el carro y marcharon con el enfermo. Esperemos que haya llegado con salud.

—Si le hubieran matado cerca de Serads ya lo sabriais...

—Así lo creo,—contestó el prior.

Matzko sentía la marcha del abad, y preguntó á Jaghenka:

—Vos, vais á Plotzk.

—Y yo, os seguiré,—contestó la muchacha.

—Sí, á Plotzk—repitió la hija de Tschova.

—Muy pronto lo decís,—contestó Matzko.—¿Imagináis que Plotzk está á dos pasos?

—No podemos volver á casa. Chtan, estará furioso.

—Los dos Vilko te defenderán.

—Tanto temo á uno como á otros.

—¿Has dejado las sayas, y quieres ahora dar prueba de buen juicio?

—Ya lo tengo.

—No conviene ir á Plotzk.

—El teheque, asegura que para ir á Malborg, conviene pasar por allí.

—Ya le has comprado, picarona.

—No lo creáis. Glava me ha dicho: «la princesa Alejandra es muy poderosa y dicta leyes hasta á los templarios.»

—Sí, y si quisiera darme una carta para el gran Maestro atravesaríamos con seguridad todo el territorio de la Orden. El teheque tiene buen consejo y no es nada lerdo.

—¡Oh! no,—exclamó con pasión la hija de Setzechova, la de los celestes ojos.

Matzko preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

Ruborizóse la muchacha.

Al día siguiente, se emprendió de nuevo el viaje, y á lo largo del camino, Matzko, pidió noticias del abad.

Los aldeanos y mesoneros recordaban su paso porque les había hecho grandes limosnas.

La gente pobre, rogaba por su salud porque hallábase muy enfermo.

Matzko esperaba poder atraparle, pero dos ríos, que venían muy crecidos, detuvieron á los expedicionarios.

Tuvieron que detenerse en una hostería cuyo aspecto no gustó á Matzko, porque por la noche oíanse rumores extraños, y abrir y cerrar de puertas.

Jaghenka y su camarera, que dormían en una habitación vecina á la de Matzko, habían sentido también por la noche aquellos ruidos; mas, acostumbradas como estaban á la idea del diablo, para el que en Zgogelitz guardaban siempre un poco de comida, no estrañaban que también se alojase allí.

Una noche se armó un cisco de mil demonios y nadie sabía la causa.

Decían que había llegado Bolut, el más temible de todos los diablos, y Matzko habló con Jaghenka para saber si era un pecado ofrecer algo á Pateta.

—Quisiera poner un jarro con vino y miel en el corredor; y si al día siguiente hallase el jarro vacío, ya no tendríamos duda de que se trataba del diablo.

—Debemos procurar que Dios no se ofenda, —replicó la joven,—pues tenemos gran necesidad de su protección.

—También yo temo irritar al Señor, pero de todos modos el vino y la miel, y no son el alma, y creo, que poco le puede importar á Dios que almuerce el diablo. Este, dicen que es noble, y á los nobles no se les debe rehusar comida.

—¿Quién es noble?

—El diablo.

Por la tarde, Matzko llenó una taza de miel y la puso

junto á la puerta. Al día siguiente, la miel había desaparecido.

Las otras personas de la comitiva, no hicieron caso de aquel acontecimiento, y el tcheque sonrió, pero Matzko, opinaba que el paso á través de la selva, se realizaría sin peligro alguno.

Varios criados á quienes Matzko propuso que fueran á explorar el bosque, negáronse á ello, por temor á toparse con el enemigo malo; pero el tcheque, siempre arrojado y queriendo complacer á su amo, brindóse á explorar la selva tomando la precaución de llevar consigo sus armas.

El sol resplandecía con toda su fuerza meridiana y Glava no volvía, á pesar de que partió al apuntar la aurora.

Uno de los criados, que era muy supersticioso, afirmaba que no volvería más, y que los diablos le habrían hecho ya picadillo.

Terminaba ya el día cuando el tcheque volvió, pero no solo, sino llevando por delante á un hombre vestido de piel de lobo, y atado codo con codo, al que obligaba á andar.

Todo el mundo celebró el regreso de Glava, que fue acogido con gritos de júbilo y no hubo quien no mirase con curiosidad al desconocido.

—En nombae de Dios,—preguntó Matzko—¿qué es lo que traes aquí?

—¡Es un hombre!

Matzko ordena al prisionero:

—¡Persígnate!

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!—contestó el hombrecillo persignándose y mirando atentamente á todos.

Luego añadió:

—Temía que fuerais vosotros diablos.

—Somos cristianos, y tú, ¿quién eres?

—Recojo resina, y vivo con mi mujer y mis hijos en una cabaña dentro del bosque.

—¿Cómo te las compones para ir á la ciudad?

- Atravesando pinares y vadeando el río del Diablo.  
—¿Del diablo? ¡persignate otra vez!  
—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!  
—¿Puede pasar un carro por el camino del bosque?  
—Ahora el camino está malo, pero conociendo bien el terreno, es posible pasar.  
—¿Estás dispuesto á servirnos de guía? Te daremos dinero.

El hombrecillo aceptó y dispúsose la marcha para el día siguiente.

El guía afirmaba que los demonios de la selva eran relativamente pacíficos y que no había temor estando sereno, pues tan solo atacan á los que están bebidos.

—Tú has tenido miedo de Glava,—exclamó Matzko.

—Sí, caballero, pero es que me cogió con tanta fuerza que yo me figuré que no era un hombre.

Jaghenka, y los presentes rieron aquella salida del hombrecillo, al que aseguraron que no había de temer nada, si se portaba bien, pero que si trataba de extravíarlos, se esponía á serios peligros.

Rió también Anulia la camarera, y Matzko mofándose la dijo:

—¡Ya puedes reír ahora, picarilla, y aún tienes los ojos húmedos por el llanto que has derramado por Glava!

El techeque observó el rostro sonrojado de la joven preguntando:

—¿Has llorado por mí?

—No,—contestó la joven,—pero he sentido un poco de miedo.

—Eres una buena chica, y no debes temer...

—Temía por vos.

—Pues si acabas de decir que no llorabas por mí.

—Es claro que no.

—Pues entonces...

—Lloraba de miedo.

—¿Y ahora no lo tienes?

—No, porque ya habéis vuelto.

El techeque mirándola expresivamente dijo:

—¡Que tontuela!

—No os burléis de mí,—murmuró en voz baja Anulia.

Y la verdad es, que nadie hubiera dicho que la camarera fuera torpe, ni que Glava la juzgara así. Había advertido la simpatía con que ella le miraba, y como el techeque era buen mozo y fogoso, miraba con pasión el blondo cabello de Anulia y su figura esbelta y de opulentas formas, preguntándose á veces, si no sería el diablo en persona quien tomó el aspecto de aquella niña, que se mostraba obediente y dócil y cantaba y reía como los pajarillos entre la verde fronda.

Un día, hallándose lejos del resto de la comitiva, Glava la dijo:

—A vuestro lado, parezco un lobo junto al cordero.

Anulia sonrió, mostrando con coquetería sus menudos dientes, preguntándole:

—¿Os apetezco?

La mirada de ambos jóvenes se encontró.

La muchacha ruborizóse, su corazón estaba conmovido y el de Glava latía con pasión vehemente.

Las lágrimas de Anulia, impresionaron al techeque que la juzgaba buena y afectuosa y sintióse cortado junto á ella aun cuando deseara estar siempre á su lado.

Durante la cena, habló del miedo de Anulia con gran benevolencia y la sirvió como un noble caballero á la dama de sus pensamientos.

El anciano Matzko, aunque preocupado por más graves asuntos, observó lo que ocurría entre el techeque y la camarera.

Después de cenar Glava besó la mano á Jaghenka y á Anulia.

—No temáis por mí ni tampoco por vos, pues yo os defenderé,—dijo Glava.

Ambas jóvenes retiráronse á su alcoba, y por la noche

Jaghenka que advirtió que su camarera no dormía, la dijo:

—Anulia.

—¿Qué quieres?

—Creo que no duermes. Me parece que quieres al tche-que. ¿Lo adivino?

Aquella pregunta no obtuvo respuesta y Jaghenka la repitió:

Entonces levantándose Anulia de su lecho, fué al de Jaghenka y le abrazó estrechamente, besándose ambas jóvenes con efusión.

La dueña de Zgogelitz repetía:

—¡También yo comprendo el amor!

IV

Húmeda y nebulosa fué la noche, por la mañana el viento disipó los vapores que densos y oscuros elevábanse pesadamente del húmedo suelo.

Matzko dió la señal de partir. El guía aseguró que hasta Budí los carros podrían pasar, pero que después quizá sería preciso desmontarlos. El viento que reinaba en el bosque zumbaba misteriosamente. Algunas veces, grandes ramas y troncos de árboles se rompían con gran ruido y el crugido continuo del bosque parecía el gemido lastimero de una multitud doliente.

En el cielo, las nubes se amontonaban corrían volaban, ora ocultando la luz del sol, ora dejando que luciera con toda su gloria.

De cuando en cuando uno de los criados lanzaba tristes profecías, pero nadie le escuchaba, ni aun la asustadiza Anulia, que de soslayo miraba continuamente á su hermoso caballero, que tenía ojos de fuego y talla de gigante.

Al terminar el bosque se llegaba á una estepa donde crecía altísima yerba, entonces fué preciso desmontar los